



VANA STANZA, EL LUGAR DEL POETA

JORGE IVÁN AGUDELO

En el ensayo sobre Juan Ramón Jiménez de su libro *Digo yo*, el poeta también español Tomás Segovia nos recuerda que escribir un poema es como lanzar una botella al mar: “un poema es un mensaje en busca de unos lectores que no están de ningún modo garantizados”. Si olvidamos la poesía escrita para nadie, tenemos que convenir que, aunque es improbable que el mensaje llegue a buen puerto, su escritura ya encierra la intención de ser develada.

En el particular caso de la obra *Vana Stanza. Diván selecto* del poeta risaraldense Amílcar Osorio (1940-1985), la metáfora de la botella sí que resulta cierta. Antes inclusive de la aparición de este libro, el único que publicó en vida, el escritor Darío Jaramillo Agudelo, en un ensayo sobre la poesía nadaísta, ya acusaba, a partir de unos pocos versos leídos en las revistas *Golpe de dados* y *Acuarimántima*, la exigencia que encierra la propuesta poética de Amílcar: “La poesía de Osorio no está destinada, precisamente, al consumo masivo. Se diría —nunca sabré si esto es un elogio— que se trata de poesía para poetas”. Aun así, la dificultad y el hermetismo con que suele caracterizarse esta obra no han sido óbice para que se sostenga —rara botella que sigue flotando— con su originalidad y belleza desconcertantes.

Publicado en 1984, con un tiraje de trescientos ejemplares y sin el respaldo de ningún sello editorial, este libro recoge, como el mismo autor aclara, versos que fueron escritos entre 1962 y el año de la publicación y que hacen parte de trabajos en proceso. La temprana muerte de Amílcar impidió que estas obras, de las que *Vana Stanza* constituye una muestra, fueran terminadas. No obstante, las 118 páginas de la primera edición ilustran con suficiencia las formas expresivas y los temas propios de una voz insular, pero imprescindible, en la historia de la poesía colombiana. Y es que a pesar de su aureola de libro y autor impenetrables, o en ciertos casos tal vez gracias a ella, y aun por fuera de los circuitos editoriales y académicos, sus lectores, poetas o no, han logrado mantener vivo el interés por esta obra.

Fundador del Nadaísmo, Amílcar terminó por alejarse de este movimiento y de allí en adelante no participó ni fue cercano a ningún grupo literario. Los poetas del posnadaísmo le fueron perfectamente ajenos y muy pocas veces aparece en las publicaciones literarias colombianas. Sobra decir que fue apático a los círculos de poder, en ellos su nombre era desconocido, y hasta puede afirmarse que aún ahora continúa ignorado. Así las cosas, no es posible valorar la obra de Amílcar Osorio sin tener presente que fue escrita en soledad, o por lo menos en la distancia que la tradición poética que asumió como suya le exigía con respecto a los poetas de su generación, inclusive a los nadaístas, sus compañeros de ruta. En el ensayo ya citado, Darío Jaramillo Agudelo, con suma clarividencia, advierte: “La importancia de Osorio radica en que es la primera obra poética colombiana que puede ser leída, coherentemente, según los aportes que transformaron la poesía en inglés desde 1908, principalmente debidos a Hulme, a Pound y a Eliot”. Esto, escrito en 1984, poco antes de la publicación de *Vana Stanza*, anticipa su doble condición de obra pionera —que asume y decanta otras literaturas— y que, sin embargo, permanece en la sombra.

La imagen del poeta, no menos difícil de asir que su libro, ha sido descrita entre coincidencias, discrepancias, recuerdos afectuosos y un nutrido anecdotario que reconstruye su paisaje moral y existencial, desde su temprana juventud, donde prevaleció el gesto provocador y el colegaje con

otros poetas de su generación, hasta los años de madurez en que dio a la imprenta los fragmentos de los siete poemarios recogidos en *Vana Stanza*.

Omar Castillo, tal vez el poeta que más se ha esforzado por difundir el trabajo de Amílcar, tanto en su revista *Interregno* como a través de otros medios culturales, adelanta un retrato suyo de la década de los ochenta, mucho tiempo después del alzamiento nadaísta y de su peregrinar por California y Nueva York: “Era un hombre que aparecía hostil y distante, un ser engreído y abundante en atributos e inteligencia”. Con otra mirada, el poeta nadaísta Eduardo Escobar dice que, a mediados de los sesenta, por la época en que se publicó *Medellín a solas contigo*, esa amorosa crónica de Gonzalo Arango, Amílcar “ya exhibía el rictus de altanería que le sirvió para ocultar con el desdén la amargura y la timidez con la arrogancia” y añade que para entonces “ya justificaba sus desidias diciendo que no valía la pena escribir, ni nada [...] y que sus únicos consuelos eran los amigos, la poesía de Rimbaud, los relatos de Butor que parodiaba, dormir hasta el mediodía y los cigarrillos Chesterfield. Lo demás le importaba un carajo”. En un breve escrito en el que recrea una conversación con Amílcar de cuando ambos rondaban los veinte años, dice: “Heidegger era su filósofo. El famoso estado de ánimo y su Nada convertida en comanche le eran oscuros y estimulantes. Y hacía juegos sutiles de palabras para no desfallecer en lo que llamó la ciega tarea. Dijo que éramos arrastrados por la inercia de los objetos”. El poeta Harold Alvarado Tenorio, más interesado en recabar en su biografía que en su obra, nos regala también una silueta del joven Amílcar en los tiempos del Nadaísmo:

[...] con Gonzalo Arango, que le vendía como el Jean Genet tropical mientras le arrastraba por La Playa y Junín con una cadena de perro al cuello, iniciaron una gira que debió llevarles a Popayán propagando la buena nueva del Nadaísmo, pero terminó en Cali, con un paréntesis en la cárcel de Manizales, por tres meses, viviendo sobre una estera cundida de bichos en la *Pensión Estación*, de X-504. Amílcar-U leyó entonces, entre anhelos y deseos producidos por la hambruna, cincuenta libros de místicos y orientales de la biblioteca de Jaramillo Escobar.

La temprana muerte de Amílcar impidió que estas obras, de las que *Vana Stanza* constituye una muestra, fueran terminadas.

No obstante, las 118 páginas de la primera edición ilustran con suficiencia las formas expresivas y los temas propios de una voz insular, pero imprescindible, en la historia de la poesía colombiana.

Sin embargo, el ya mencionado Castillo, en uno de los pocos ensayos dedicados a describir y valorar cada uno de los fragmentos que conforman *Vana Stanza*, advierte que es en los versos del poeta donde hay que buscar, de querer hacerlo, el trasunto de su figura, de su vida: “creo que el ritmo que impera en su poesía es la acústica posible donde obtener los pormenores de su imagen y huella en rigor y dignidad”. Nos parece que esta afirmación está bien encaminada, teniendo en cuenta que proviene de alguien que, aparte de estudiar su poesía, fue cercano a Amílcar en el último periodo de su vida; convergamos pues en que esta es una obra ceñida a la propia respiración del poeta.

Amílcar modula y modela el dolor. Sí el dolor, sí el placer, sí la noche, sí todo, pero medido con el rasero de sus palabras, no sea que la vida se derrame sin sentido alguno en un piso desordenado. A la pregunta formulada por Jorge Gaitán Durán en su *Diario*: “¿pero cómo transformar en dato la vibración irrepitable de dos cuerpos que se vuelven uno ante la muerte?”, no contesta enardecido: “Tendidos como guerreros de dos patrias que el alba separa, / En tu cuerpo soy el incendio del ser”, como lo hace el poeta de *Mito*. Más bien constata, con el aplomo de un cínico: “se equivocan las estrellas apagadas / con este abrazo de los dos mágicos cometas / que desesperados agonizan tratando de alejarse”. Porque el poeta no se eterniza en la fiesta de su angustia inquiriendo por el ser. Es que ni siquiera en la fiesta hay un asomo de desarreglo, el Señor, en la cúspide de la jerarquía ya lo ha previsto todo: “Para ti, Señor, hemos mutado el universo, / para que vengas a la fiesta, estival y vanidosa”. “Señor, Señor de las esferas, / del velludo, del don, de las arenas, / que para ti sea lo cazado por las fieras”.

En *Servicios*, libro del que hacen parte los últimos poemas citados y con el que se abre *Vana Stanza*, conocemos la fiesta como preparación y víspera. Aquí cuenta la espera de una celebración por venir. Expectantes, no sabemos de la añoranza que dejan otras fiestas, como en los poemas de Jaime Gil de Biedma, donde se pierde la juventud como si se tratara de la piel misma: “Vasos de vino blanco / dejados en la hierba, cerca de la piscina, / calor bajo los árboles. Y voces / que gritan nombres / [...] ... *El último verano / de nuestra juventud*”, porque en *Vana Stanza* todo ya pasó; aunque los recintos que se caen a pedazos nos conserven en su deterioro sabemos que lo que en ellos impera es la soledad misma del poeta: “donde estuvieran los espejos / quedan las marcas; / de las imágenes / ni las meras improntas. / donde las lámparas / iluminaran extensas reuniones, / ni los soportes, / a duras penas la traza tumefacta, / su cardenillo tóxico”. La fiesta, que sin duda la hubo, y fastuosa, ha terminado, y la mirada del poeta cavila en el censo de los objetos que sobreviven: “huecos de clavos en las paredes al estuco, / e inquieta la cadena de una lámpara / que alumbrara los cristales, / porque aquí se bebía. / botellas en un rincón y sellos violados”.

La tradición y la jerarquía asoman en los poemas de Amílcar estableciendo la contención y la distancia. Leído como epitafio, el poema “Del lado de los sueños” delata la fascinación pero al mismo tiempo la sospecha del que parece haber sobrevolado sus pasiones, en él se pasa revista a muchos escenarios de la noche, noche de pederastas y ríos con “su tajo de podre” mientras que el poeta se dice: “Esta noche, en tanto, yo me he ido yendo solo / por las encrucijadas del lado de los sueños, / alejado de los sobresaltos, por un mundo / muelle y quieto, cercano e impalpable, / por unos estanques de luz sin precedentes, / por unos giros desconocidos y vagos, / para caer de súbito, al amanecer, / entre sus brazos de aurora boreal”. ■

Jorge Iván Agudelo (Colombia)

Estudió Historia en la Universidad Nacional de Colombia y Hermenéutica Literaria en la Universidad Eafit. Desde 2003, coordina el Taller de Literatura para Jóvenes de la Biblioteca Pública Piloto. Actualmente es el Director Académico de Humanidades y Artes de la Academia Yurupary. Ha publicado con la Editorial de la Universidad de Antioquia los libros de poesía *La calle por cárcel* (2010) y *Ni el abrazo ni el refugio* (2016). Crónicas y relatos suyos han aparecido en el periódico Universo Centro.